

Todo lo que nunca me dije.

Danny Asecas

Danny Asecas

Todo lo
que nunca
~~te dije~~
me



Capítulo 1

Dedicatoria.

Dedicado a todas y cada una de las personas que abrazan antes de preguntar, que siempre tienen un minuto para escuchar, valor para despojarse del orgullo, y no tienen miedo a pedir perdón. A todas y cada una de esas personas que no temen romperse, bañarse en sentimientos, que deciden quedarse ahí, aún cuando el resto ya se ha ido. A todas ellas. A ti. Gracias por decidir regalar tu tiempo perdiéndote entre mis líneas. Disfruta de este viaje.

Capítulo 2

Pero no puedo.

Podría hacer borrón y cuenta nueva. Enterrar cada recuerdo que creamos en común, tus sonrisas, aquel tímido primer te quiero. Podría eliminar del calendario el maravilloso día en que llegaste a mi vida, para cambiarlo todo, para romper, sin saberlo, todas mis expectativas. Para hacerlo todo mejor. Podría desenredar todos los nudos de estómago que siento cada vez que me cruzo con tu nombre, con tu foto, con cualquier cosa que me lleve a ti. Podría decirle al corazón que no insistiera en latir tan fuerte cada vez que abro tus mensajes, y veo que, de nuevo, te acuerdas de mí. Podría evitar quedarme con esa cara de idiota cada segundo que escucho tu voz, o cada batalla, historia o anécdota que decides compartir conmigo. Podría recoger todo lo bueno, abrazarlo, quedarme con ello y aceptar que eso ha sido todo, que fue bonito mientras duró, que no debería soñar con volver a repetirlo. Podría mentir y decir que he conocido a alguien tan especial como tú, que me aporte tanto con tan poco, que me haga sentir de un modo en que ni siquiera yo sé exactamente qué pasa. Podría imaginar que, cuando te fuiste, lo hiciste para siempre, que no ha habido vuelta atrás, que no ha sido más que una ilusión creada por la necesidad de tenerte de vuelta. Podría levantar la cabeza y negar que, en el fondo, siempre has estado presente en cada momento importante, en cada canción especial, en cada letra y rincón de mi memoria. Podría inventarme cualquier excusa que sonara un poco convincente para ocultar que, en verdad, jamás he dejado de preocuparme por ti, voluntaria o involuntariamente, casi desde el primer minuto que me di cuenta de que serías alguien a quien querría siempre. Podría hacerte creer que ya no muero de ganas de abrazarte, que las cenizas no siguen ardiendo en fuego, que el tiempo ha clavado una estaca de hielo en la delgada línea que unía nuestras almas. Podría fingir que ya no eres parte de mí, ponerme una coraza de piedra y hacer como si no pasara nada, como si no fuéramos más que dos conocidos que un día fueron algo más que amigos. Podría embriagarme de desinterés, sumergirme en el silencio, fusionarme con la distancia y dejar que todo ello me ayudara a desprenderme de ti. Podría obligar a la nostalgia a que dejara, de una vez por todas, de llamar constantemente a mi puerta. Podría no tenerte tan presente. Podría buscar, por mi cuenta, respuesta a todas y cada una de las preguntas que, por miedo, no me atrevo a formularte. Podría ser la espalda, y no el abrazo. Podría intentar construir algo que no soy. Podría dejarte atrás, irme para siempre, seguir mi camino en una dirección completamente opuesta. Podría intentar olvidarte. Podría tratar de dejar de quererte. Podría. Pero no puedo.

Capítulo 3

Me acostumbré a perderte.

Me acostumbré a tu sonrisa, a tus palabras encadenadas, a tu peculiar forma de ver la vida. Me acostumbré a esperarte, tanto como fuera necesario, a inyectar en mis venas una dosis extra de paciencia, a saber parar el tiempo. Me acostumbré a guardar silencio, a tragarme las preguntas, a bañarme en dudas y nadar entre melodías inacabadas. Me acostumbré a abrigarme con recuerdos, a acercarme a la nostalgia, a tapar con vendas rotas las heridas que no cierran. Me acostumbré a necesitarte, a tenerte como parte imprescindible de mi vida, aún sin estar en ella, a guardar tu historia en un rincón bajo llave para que nadie pudiera estropearla. Me acostumbré a pensar en ti, sin apenas darme cuenta, a tenerte de manera improvisada en mi memoria, en el momento menos esperado, en el instante más impreciso. Me acostumbré a buscarte, por todas partes, en los lugares y personas más recónditos y extraños, sabiendo que, posiblemente, no te encontraría. Me acostumbré a recorrer cada tren, cada barco, estación y puerto, deseando que algún día, la caprichosa casualidad, volviera a ponernos en el mismo camino. Me acostumbré a imaginar que estabas bien, aún sin saberlo, a imaginar que, de alguna forma, tú también te acordabas de mí. Me acostumbré a borrar lo malo, a quedarme con lo bueno, a pintar enormes cuadros con tus dulces promesas. Me acostumbré a refugiarme en todo lo que me dijiste. Me acostumbré a seguir la historia, por mi cuenta, ignorando por completo la parte del punto final. Me acostumbré a escuchar todas tus canciones, tus poemas y frases, por si, tal vez, algo fuera para mí. Me acostumbré a arriesgar sin pensármelo dos veces, a aguantar cien mil tormentas, a lanzarme al vacío con un solo motivo. Me acostumbré a sentirte cerca, estando demasiado lejos, a sentir escalofríos cuando escucho tu nombre, a perderme inesperadamente con una simple fotografía. Me acostumbré a pensar que, tarde o temprano, sentirías lo mismo, que vendrías a mí del mismo modo que lo hiciste el primer día, que sólo era cuestión de aguantar un poco más. Me acostumbré a tenerte como un contacto más, sin ser un contacto más. Me acostumbré a visitarte en sueños, al fin y al cabo, era la única forma de tenerte cerca. Me acostumbré a seguir aquí, justo aquí, por si alguna vez necesitabas algo de mí. Me acostumbré a llegar a ti, para luego tener que volver a echarte de menos. Me acostumbré a todo. Me acostumbré a nada. Supongo que, después de todo, me acostumbré a perderte.

Capítulo 4

Hubiera dado todo.

Hubiera hecho lo que fuera necesario con tal de cambiar cada una de tus lágrimas por espontáneas sonrisas. Hubiera recorrido tantos kilómetros como ganas de abrazarte, echándole un pulso a cualquier distancia caprichosa que quisiera interponerse entre los dos. Hubiera librado cualquier batalla, para estar cerca de ti. Incluso una de esas en las que prácticamente has perdido antes de comenzar. Hubiera perseguido mil y un sueños, los más absurdos e improbables que pudieras imaginar, sin dudarle ni un segundo, sólo por ir de tu mano. Hubiera derribado cualquier imposible, cualquier barrera u obstáculo que se interpusiera en tu camino. O, al menos, lo hubiera intentado. Me hubiera dejado la piel en cuidarte como nadie, procurando que nada pudiera hacerte daño, y estando siempre ahí para levantarte del suelo. Las veces que fuera necesario. Hubiera confiado plenamente en ti. Más que tú, incluso. Demostrándote, cada día, que eres increíble, y que podrías conseguir todo aquello que te propusieras. Hubiera sido esa persona que hubiera intentado quedarse, no fallarte nunca, pasara lo que pasara. Ni siquiera cuando tuviera motivos. Esa a la que siempre podrías llamar, dando igual la hora, el lugar o el problema. Hubiera apostado por ti, en todo momento, sin tener en cuenta las probabilidades. O, en el peor de los casos, aún teniéndolas todas en contra. Hubiera empleado cada fracción de tiempo en hacerte sentir especial, en buscar tu felicidad, en mostrarte todas las cosas maravillosas que llevas dentro y que, por alguna razón, nunca fuiste capaz de ver. Hubiera plantado cara a tus miedos, a tus inseguridades y temores más profundos. No para ahuyentarlos, sino para ayudarte a enfrentarlos, a vencerlos. A ganar, juntos. Te hubiera dado tanta libertad como necesitaras, tanto espacio como pidieras, tantos inviernos como fuera necesario. Sin preguntas, sin exigir explicaciones, sin juzgarte. Hubiera esperado más tiempo del que pueda mostrarte un reloj. Sólo por estar contigo, por mirarte a los ojos y decirte mil cosas, sin apenas decir nada. Hubiera parado el mundo sólo por escucharte un minuto más. Hubiera roto cada regla, límite y frontera. Hubiera dado lo mejor. Hubiera dado todo.

Capítulo 5

Te prometo que me iré.

Pídeme que me vaya, que prepare mi equipaje y saque un billete de ida. Dime que ya no me necesitas en tu vida, que no soy tan imprescindible como solía ser, que los días sin mí no son tan malos como pensabas. Ábreme los ojos, arráncame una a una todas las ilusiones. Déjame ver que ya no hay nada, que no somos más que bonitos recuerdos encerrados en un pasado común. Que no hay presente, ni futuro. Confiérame que ya no hay sitio para mí en tu maleta, que has pasado finalmente la página que lleva mi nombre. Que has escrito un punto y final en nuestra historia. Cuéntame que ya no te emocionan mis palabras, que ya no soy capaz de atravesar tu muro de piedra y cristal. Que fui, pero que ya nunca más seré. Dispárame con tu sinceridad más directa, sin trampas, sin rodeos, sin nada más que la exactitud de lo que piensas y sientes realmente. Convénceme de que me equivoco, de que siempre estuve en el lado equivocado. Hazme ver que sólo guardo falsas esperanzas, producto de un corazón que no ha sabido dejar de quererte. Lléname de verdad, de honestidad, de palabras con sentido que no suenen a excusa. Hazme ver que sólo es un delirio, una confusión creada en base a viejos recuerdos que no dejan de repetirse. Una falsa ilusión a la que he querido aferrarme, pensando que era compartida. Enséñame la realidad, la verdadera realidad. Deja que mis ojos vean todo lo que tengan que ver, que mis oídos escuchen todo lo que tengan que escuchar. Sin incertidumbre, silencio, ni preguntas en el aire. Esta vez no. Que no importe cuánto duela. Que dé igual si me cuesta comprender, o si las lágrimas tienen la incesante necesidad de brotar. No tengas miedo a hacerme daño, a reabrir mis cicatrices, a darme un golpe involuntario que me empuje directamente al suelo. No habrá rencor, créeme. Te juro que lo entenderé, trataré de entenderlo, y algún día estaré bien. Sólo dime que ya no soy una pieza fundamental en tu puzzle. No habrá enfrentamientos, ni batallas. Prometo que no habrá guerra. Empújame al vacío. Deja que el frío recorra mi cuerpo, y me hiele por última vez. Siempre serás parte imprescindible de mi vida, eso no puedo borrarlo, y tampoco quiero hacerlo. Pero merezco saber, aunque implique decir adiós. Dime que soy todo, que sigo siendo todo, o dime que ya no soy nada. Habla, sin temor, sin pensar ni un solo segundo en mí. Escucharé sin miedo tus palabras. Habla, a corazón abierto, no te pido más. Y, si así lo quieres, te prometo que me iré.

Capítulo 6

Por siempre tú.

Por siempre tu dulzura, ese mágico brillo que desprenden tus cálidos ojos, y la bonita manía de hacer que todo lo que te rodea, se transforme en algo mejor. Por siempre tus grandes virtudes. Esas que, sin hacer el más mínimo esfuerzo, brotan de ti de forma totalmente natural. Las mismas que, aunque tú no sepas verlas, o no seas consciente, te hacen tan imprescindible. Por siempre tu humilde sonrisa, llenando de vida y energía todo aquello cuanto alcanza, encendiendo los lugares más oscuros y apartados. Como el inesperado rayo de sol que atraviesa, por sorpresa, la peor de las tormentas. Por siempre tu fuerza, tu capacidad de abrirte paso entre muros imposibles, de desafiar cualquier adversidad, de tener el coraje y valentía de saber pedir perdón. Por siempre tus palabras, que se inyectan en la piel como un verdadero bálsamo de magia, aire fresco y emoción, calando tan hondo como imagines, tan profundo como quieras, tan dentro como las dejes. Pudiendo, incluso, llegar a rozar el alma. Por siempre tu timidez, tu sobredosis de humildad, tu incapacidad para apreciar lo que ves en el espejo. Por siempre la manera en la que sonrías, la forma en la que consigues parar el tiempo, sin apenas hacer nada, simplemente siendo tú. Por siempre tu habilidad para romper la distancia, reducir cada kilómetro, y conseguir que lo lejano parezca estar extremadamente cerca. Por siempre todos y cada uno de los momentos que pudimos compartir, que explotaron sin pensarlo, uniendo, sin buscarlo, este par de corazones solitarios que un buen día se encontraron de repente. Por siempre el primer saludo, las primeras preguntas, la incertidumbre, las ganas, la primera conversación. Por siempre la casualidad, que, sin llamarla, decidió hacer de las tuyas y traerte por sorpresa. Por siempre aquella canción, que decidimos que sería eterna y nuestra. Por siempre aquella vez, aquellas dos palabras, aquel preciso instante que elegimos tatuar en la memoria de por vida. Por siempre los miedos, dudas, inseguridades, preguntas sin respuesta, que pudimos apartar con el paso de los años. Por siempre cuando, de todo el mundo, me di cuenta que eras tú. Por siempre todo el tiempo que pasamos navegando por caminos dispares, para después, poder volver a encontrarnos. Por siempre cuando comprobamos que, a pesar de los obstáculos, contra todo pronóstico, seguíamos estando ahí. Por siempre cada vez en la que imaginaba, de manera involuntaria, que volvías a pasarte por mi vida. Por siempre cada recuerdo, cada cosa compartida, cada anécdota y locura. Por siempre cada uno de tus buenos días, y tus buenas noches. Por siempre tantos sueños y promesas. Por siempre el descubrirte, de nuevo. Por siempre tantos motivos, tantas razones, que no cabrían ni en el mejor de los libros. Por siempre tus manías, tus peculiaridades, tu particular forma de ver la vida. Por siempre lo que fuiste, eres y serás. Por siempre todo. Por siempre tú.

Capítulo 7

Te olvidaste de ti.

Lo hiciste lo mejor que pudiste, no te quepa duda. Aguantaste como nadie, tratando de romper cada límite, barrera, u obstáculo que se interponía entre vosotros. Esperaste, más de lo que hubieras imaginado, más de lo que nadie hubiera esperado por ti. No te rendiste, nunca, incluso cuando todas las señales indicaban que tal vez era mejor dar media vuelta. Seguiste ahí, de pie, sin importar cuantas veces terminarás en el suelo, sin importar cuántos golpes y heridas fueran grabándose en tu corazón. Relegaste la memoria a un segundo plano, la hiciste callar, le prometiste que todo saldría bien, que sólo sería cuestión de tiempo. Te repetiste, una y otra vez, que tendría un buen final, que llegaría ese día en el que podrías decir que todo habría merecido la pena. Te ilusionaste como no habías hecho antes, soñaste más de lo que hubieras llegado a pensar, volaste tan alto que apenas podías rozar el suelo con los pies. Seguiste luchando, enfrentándote a cualquier adversidad, siempre en primera línea de batalla. Dibujaste mil historias de papel, fuego y pólvora, y anhelabas que se hicieran realidad. No fallaste, ni una sola vez, pese a haber tenido motivos para marcharte lejos y no volver. Te alejaste del rencor, de la rabia, y de cualquier pincelada oscura que pudiera empañar aquella bonita historia. Caminaste siempre tras los pasos de tus latidos, llevando encima un único mapa cargado de sentimientos, honestidad y verdad. Creíste que podrías ser el bote salvavidas de algo que, por mucho que costara aceptar, no sólo dependía de ti. Hiciste más de lo que cualquier persona hubiera estado dispuesta a hacer. Quisiste sin medida, sin peros, sin dejar de intentarlo hasta el último día. Te echaste la culpa varias veces, te llenaste de preguntas y explosiones de recuerdos inconclusos. Pero no, tú no tenías el timón de ese barco. A decir verdad, sabes que nunca fue tuyo. Entregaste cada minuto, hora, sonrisa y lágrima. Trataste de hacerlo lo mejor posible. Y lo hiciste. Diste todo lo que tenías, incluso más. Pagaste un precio muy alto, aunque no te importara. Te fuiste haciendo de hielo y metal, poco a poco, sin apenas darte cuenta. Defendiste con uñas y dientes aquello que querías, siguiendo las normas que dictaba tu corazón. Lo intentaste, demasiadas veces. Pero te olvidaste de una cosa, la más importante. Te olvidaste de ti.

Capítulo 8

Todavía te quiero.

Me pregunto qué dirías si confieso que, desde aquel primer día que el destino o la casualidad quisieron que cruzáramos palabra, llevo tu nombre guardado en mi maleta. Me preguntó qué pasaría si, en un inesperado impulso, explotaran todas las viejas cicatrices y las palabras se escaparan de mi boca para decirte que, aún estando en mi vida, sigo echándote de menos. ¿Te alejarías más aún? ¿Te marcharías de nuevo? ¿Cambiaría algo? ¿O, por el contrario, seguiría todo exactamente igual? Me pregunto cómo reaccionarías si supieras que, por más personas que llegan a mi vida, por más gente que se cruza en mi camino, no consigo que nadie me haga sentir del mismo modo en que tú lo hacías. Que por más que intento saber qué era eso que tenías, qué te hacía diferente, no encuentro respuesta. Me preguntó qué pasaría si te cuento que, por mucho que intente evitarlo, mi pulso se acelera con cualquier foto, mensaje, o recuerdo que me conduzca a ti. Me pregunto cuál sería tu respuesta si te pido que volvamos a intentarlo. Si confieso que no estuvo tan mal después de todo, que tal vez ahora pudiéramos hacerlo mejor, aprendiendo de los errores, construyendo nuevos aciertos. Me pregunto qué pasaría si pudieras navegar a través de mis ojos, sin límites, sin trampas ni barreras, y ver lo que se esconde al otro lado. Me pregunto qué ocurriría si lograras descifrar todo lo que sigo sintiendo por ti, todo lo que aún llevo guardado, todo lo que no pudo apagarse. Todo aquello que, inevitablemente, sigue ardiendo de una forma que no puedo controlar. Me pregunto qué pasaría si pudieras, por un breve instante, llegar a tocar mi alma, sentir todo lo que has dejado aquí dentro. Si pudieras verte del modo en el que yo te veo, sentirte de la forma en la que yo te siento. Me pregunto si alguna vez has estado en ese mismo punto, si alguna has necesitado volver a estar conmigo, o saber qué hubiera pasado si realmente lo hubiéramos intentado un poco más. Me pregunto cómo serían las cosas si, de una vez por todas, dejáramos hablar a nuestros corazones. Si mostráramos, sin miedo, todo lo que hay escondido en ellos. ¿Merecería la pena correr el riesgo? Tal vez ya no sientas nada, o, quizá, tú también me guardes en ese bonito y pesado cajón de cosas pendientes. Me preguntó qué pasaría si me rompo, por última vez, y te digo todo lo que siento. ¿Saldría bien, o sería un completo desastre? Me pregunto qué responderías si te cuento que, por estúpido o imposible que parezca, igual no sería tan loco borrar el punto y final. Me pregunto qué harías si te digo que a pesar de todo este tiempo, de toda la distancia y silencios, sigues latiendo fuerte aquí dentro. Me pregunto qué harías si tuviera la oportunidad de mirarte a los ojos, una vez más, y decirte que, sin saber muy bien cómo, ni por qué, todavía sigues aquí. Todavía te quiero.

Capítulo 9

Aunque sea un poco más.

Algún día puede que tenga que irme. No sé cuándo, ni por qué, ni siquiera el momento exacto, pero quizá no me quede otra alternativa. Puede que terminen por romperse mis esquemas, que la llama consuma hasta el último centímetro de corazón, que me ahogue navegando entre tanta incertidumbre. O puede que, simplemente, llegue un punto en que ya no pueda más. Algún día, a lo mejor, tendré que cambiar el rumbo. Me tocará darme de frente contra la pared, curarme las heridas y volar hacia otra parte. Algún día puede que me quede sólo el hielo, que el desierto se acostumbre a ser testigo de mis noches más vacías, y el caos se haga dueño de todo lo que pudo ser. Algún día puede que seamos un recuerdo, una simple pincelada de una bonita historia que nunca fue. Supongo que es mejor no pensar demasiado en ello, no pensar demasiado en general, la memoria no siempre se pone de nuestra parte. Algún día puede que no queden más opciones que poner fin a la partida, guardar todo lo que pueda en mi vieja mochila, y salir hacia ninguna parte, dejando que las lágrimas se encarguen de borrar todas mis huellas. Algún día tal vez me mire al espejo y no reconozca lo que veo, que observe nuestra foto y no encuentre nada, salvo tristeza, y tenga que tomar la decisión más complicada. No lo sé, a decir verdad. No sé que va a pasar con este capítulo inconcluso del que no puedo, ni quiero, desprenderme. Me dueles, te quiero, me dueles porque te quiero. Algún día quizá lleguemos a ser dos extraños. Tal vez se cumpla el peor de los pronósticos y se borren nuestros nombres, nuestros días en común, nuestros años de pensarnos sin tenernos. Ojalá que nunca ocurra. Algún día puede que me arrepienta de no haberte dicho todo, o de haberte dicho demasiado, pero ¿quién sabe qué es lo correcto cuando está en juego aquello que tanto quieres? Algún día puede que no sólo nos separen los kilómetros. Algún día puede que mi cabeza ponga en jaque lo que siento, que las cartas decidan jugar en mi contra, y me obliguen a alejarme sin saber por cuánto tiempo. Algún día puede que ya no tenga fuerza para luchar, que no sepa cómo hacerlo, y me acabe haciendo polvo esta batalla. Algún día puede que termine por aislarme en este muro que amenaza con hacer mi carne piedra. Algún día puede que me vea en el borde del precipicio, con la única opción de salvarme a mí primero. De escogerme, por una vez, a mí en primer lugar. Algún día, puede que algún día. O puede que no. Pero no será hoy. Porque hoy, elijo quedarme aquí. Hoy decido esperarte. Seguir apostando por ti. Aunque no sepa si vas a venir, o si aún sigues estando ahí. Aunque no tenga ni idea de si quieres que lo haga, o si tú también me esperas. Hoy te espero, necesito esperarte. Aunque sea un poco más.

Capítulo 10

En la página 88.

Ven. Hagamos de aquel viejo sueño pendiente la más pura realidad. Arranquémonos la ropa con una sola mirada, sin que haga falta decir absolutamente nada para entenderlo todo. Muérdeme las palabras a besos, improvisados, inesperados, de esos que hace tiempo nos hemos venido debiendo. Enrédate en mis sábanas, cerremos los ojos y aprendamos a coleccionar madrugadas, lunas y tormentas. Echémosle un pulso al tiempo, que den igual los minutos, las horas, y todo aquello que no consiga sumar dos. Que no quede un sólo centímetro de piel por descubrir, despacio, sin prisa, como si tuviéramos por delante unas cuantas vidas más. Abracémonos por inercia, colisión de electricidad en un mar de caos, como dos piezas imperfectas que al fin han encontrado su sitio. Como si cada roce fuera el último, y no recordáramos nada salvo este preciso instante. Llenemos cada centímetro de piel con olor a nosotros, con sabor a para siempre. Rompamos la distancia, cada metro y kilómetro, cada silencio estúpido que ha ido levantando muros de miedo. Desnudemos el cuerpo y el alma, despojémonos de todo lo que no sea imprescindible. Cuéntame al oído tus peores temores, susúrrame todo aquello que aún no has sido capaz de gritar. Dejémonos vibrar con cada nota, con cada sílaba, palabra y letra. Volvamos a pintar con magia eso que aún no hemos podido descifrar. Sujetemos el corazón con ambas manos, dejemos que hable, que diga todo lo que quiera, todo cuanto necesite. Prometo no marcharme, no me iré a ninguna parte, pase lo que pase. Perdámonos entre sueños y aventuras, volemos a cualquier lugar extraño, diferente, desconocido, y hagámoslo totalmente nuestro. Dejemos que merezca la pena, que cualquier película o canción de amor se muera de envidia cada vez que nos mire. Temblemos con cada mirada, sin hacer ni decir absolutamente nada. Que lo único que importe sea seguir sumando inviernos, perseguir amaneceres, vestirnos en sonrisas, locuras, y botellas de simplicidad y afecto. Aprendamos a bailar bajo la lluvia. A volar en tus montañas, y aterrizar en las mías. Voy corriendo, no te muevas. Trataré de verte pronto, sólo espera un rato más. Tú, y yo, en la página 88.